

NICARAGUA

Bajo la tiranía de Ortega

ESPECIAL



COBERTURA ESPECIAL

ESPECIAL**PROTESTAS, REPRESIÓN, PRESOS, HERIDOS, MUERTOS...
EN LA NICARAGUA SANDINISTA**

BAJO LA TIRANÍA DE ORTEGA

Nicaragua se estaba desangrando. Desde abril, cuando el gobierno de Daniel Ortega anunció el retiro de prestaciones sociales y la gente tomó las calles para protestar, se empezaron a acumular las represiones y los muertos. Inconcebible en un régimen que había nacido de una revolución triunfante contra una dictadura. "Mándame a Nicaragua, culichi", me dijo la reportera María Verza en un desayuno en la casona de Los Azulejos que en 1914 albergó a las tropas de Villa y Zapata y dejó postales para la historia. Lo tomé como una broma pero a la vuelta de tres cafés y sin que lo supiera, tomé la bola floja en serio. En Ríodoce no hay dinero porque lo que entra se va en salarios y maquila. Así que deslicé el tema en un grupo de whatsapp donde convivimos amigos

que estuvimos, hace más de 40 años, en la casa del estudiante "Rafael Buelna Tenorio", de Culiacán. Yo pongo mil, dijo un compañero; yo 500, dijo otro. Y a la vuelta de algunas horas logramos juntar lo suficiente para que la reportera volara a Managua y una estancia de diez días. Presentamos entonces a nuestros lectores una cobertura urgente, más hecha con el corazón que con los millones de las agencias de noticias y los grandes medios. Y dedicado el trabajo a los compañeros de la casa de Buelna y Andrade, que, a la postre, parió muchos hijos de bien para un México que apenas empieza a ver la luz. Y a los mártires de esta revuelta cívica cuyas barricadas son también, en el fondo, un reclamo airado contra lo que consideran una revolución traicionada.

Ismael Bojórquez

TEXTOS:

MARÍA VERZA / ENVIADA

NICARAGUA: DE LAS PROTESTAS A LA PERSECUCIÓN

Masaya

» Eddy Antonio Tiffer todavía recuerda cuando, con apenas cinco años, tuvo que cruzar una calle de la ciudad de Masaya a todo lo que le daban sus fuerzas, escuchando los disparos sobre su cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, su abuelo lo había metido en una casa y cubierto con colchones. Afuera, el último dictador de los Somoza, Anastasio, lanzaba bombas para contener a los sandinistas alzados en este lugar como parte de la revolución abanderada, entre otros, por el actual presidente Daniel Ortega.

Cuatro décadas después, en Monimbó, un barrio indígena de esa misma ciudad 28 kilómetros al sur de la capital, Tiffer volvió a correr de madrugada. Esta vez las balas eran sandinistas y era él quien debía resguardar a su hijo de 20 años, uno de los jóvenes que participaba en las protestas contra Ortega desde el 18 de abril y cuyo único delito era ser coherente con lo que la revolución sandinista les había enseñado: protestar ante lo que consideraban injusto.

"Lo monté en mi moto, le amarré un trapo en la cara y nos fuimos", cuenta casi sin voz, limpiándose las lágrimas bajo sus lentes. "Nos disparaban como si fuéramos criminales".

Nicaragua vive su peor crisis política en 40 años. Por un lado, se siguen sumando muertos. La Comisión Interamericana de Derechos Humanos ya habla de 317, de ellos, 23 niños o adolescentes y 21 poli-

Después de tres meses y medio de protestas y represión gubernamental que ha cobrado más de 300 muertos, los que estuvieron envueltos en las manifestaciones denuncian una persecución sin precedentes. El presidente sandinista elude toda responsabilidad en la violencia y asegura que la normalidad ha regresado al país.

cías. Por otro, las protestas y la represión han dado paso a una persecución sin precedentes que el Centro Nicaragüense de Derechos Humanos (Cenidh), una de las ONG locales de más prestigio en el exterior, ha calificado de una "verdadera cacería de manifestantes" a manos de grupos armados irregulares.

Los delatores pueden estar en cualquier parte y en algunos lugares del país el procedimiento es de lo más artesanal: una lista en papel que se va pasando de una persona a otra y cada una aumenta los nombres. "Cuando se llega a cien se le

pasa a la policía para que haga una redada colectiva", explica el abogado del Cenidh Braulio José Abarca.

Eddy Antonio Tiffer sabe bien lo que es eso aunque él tuvo suerte. Una mano amiga le tocó la puerta para avisarle de que los paramilitares buscaban a su hijo y tuvo tiempo de montar en la moto con él y huir. El joven, que trabajaba en un supermercado, se había dedicado a llevar desayunos y almuerzos a los que estaban en las barricadas de Monimbó. Ese era todo su delito, según cuenta su padre. A él, un conductor de autobús, le despidieron del trabajo por lo mismo.

Ese 17 de abril tuvieron que colgarse en el interior de una pileta, con el agua al cuello y una chapa sobre las cabezas hasta que las ráfagas de disparos terminaron. Después se echaron al monte rumbo a Costa Rica, destino histórico de la emigración nicaragüense y donde 8 mil personas ya han solicitado asilo por esta crisis y otras 15 mil tienen cita para hacerlo, según el gobierno costarricense.

Sin embargo, las amenazas siguieron. "Voy a violar a tu hija, amarrarla y desnudarla", "no sabes de dónde vendrá la bala que matará a tu mujer", le lanzaba su celular. Poco después tuvo que pintar la fachada de su casa para borrar un aviso letal: "A este perro hay que matarlo".

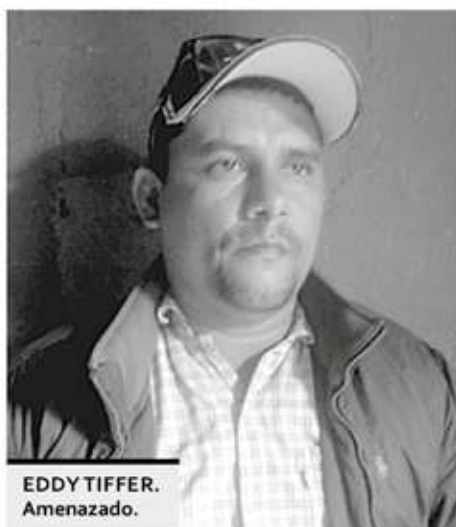
Operación limpieza

A sus 72 años, Daniel Ortega lleva años acumulando descontento hacia su gobierno. Sus críticos aseguran que desde su regreso al poder en 2007 _primero gobernó de 1985 a 1990_ se ha aprovechado de las instituciones para poder reelegirse, debilitar a sus opositores y consolidar una dinastía de gobierno de la mano de su más fiel compañera, su esposa y vicepresidenta Rosario Murillo.

Le han tachado de corrupto y de querer vender la soberanía del país al otorgar a una compañía china un contrato millonario para la construcción de un canal interoceánico que muchos consideran un sueño guajiro, un plan que provocó intensas protestas hace unos años.



MARCHA. Contra la violencia policial y el Gobierno. (Foto Jorge Cabrera, Reuters).



EDDY TIFFER.
Amenazado.

Pero la gota que colmó el vaso en esta ocasión fue la dura represión con la que intentó desactivar las protestas de abril contra la reforma del seguro social que elevaba su costo para jubilados. Aunque dicha reforma se anuló, la muerte de estudiantes en los primeros días de esas manifestaciones indignó a los nicaragüenses y, en lugar de provocar miedo tuvo el efecto contrario. Desde los campesinos a los empresarios marcharon en apoyo a los jóvenes que se atrincheraron en las universidades para salvar la vida.

Para mayor presión, los opositores pusieron más de 70 bloqueos viales con lo que la economía empezó a resentirse. En un abrir y cerrar de ojos, se había pasado de exigir justicia por la violencia a pedir la salida de Ortega, quien empezó a calificar las acciones como un golpe de estado e intensificó la represión.

"Dos veces intentaron quemar mi casa", explica Edwin Carcache, de 27 años y estudiante de su segunda carrera, Administración de Empresas. "La primera vez los vecinos lo impidieron, la segunda, mi mamá me llamó llorando, la dijeron que iba a llorar lágrimas de sangre".

Carcache estuvo casi un mes atrincherado en

la Universidad Politécnica de Managua. Salieron cuando empezaron a infiltrarse oficialistas. "Hacían actos vandálicos y nos culpaban a nosotros". Ahora se esconde en una casa de seguridad y solo ve a su madre en las marchas.

El presidente pidió a la Iglesia Católica que mediara en una negociación pero el diálogo quedó truncado por la negativa de Ortega a aceptar una hoja de ruta hacia unas elecciones anticipadas. La represión de las fuerzas leales al mandatario creció, se seguían sumando muertos y heridos se agredió a los obispos y se multiplicaron las represalias laborales para todo el que se manifestara. La CIDH, por ejemplo, denunció el despido de 40 médicos presuntamente por atender a los heridos.

Luego comenzó la que ya se conoce como 'operación limpieza'. Primero vaciar las universidades, después los bloqueos viales. Uno de los desalojos más dramáticos fue el de Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua que culminó con los paramilitares abriendo fuego sobre una iglesia cercana en la que los jóvenes se escondieron, un ataque que supuso mucho más que una profanación en un país inmensamente católico. En la casa cural de ese templo, murió uno de ellos.



DANIEL ORTEGA. De revolucionario a dictador. (Foto Oswaldo Rivas, Reuters).

La última operación de gran simbolismo era "limpiar" Masaya y Monimbó, epicentro de las movilizaciones y donde resistían "golpistas... malignos, siniestros, diabólicos, satánicos y terroristas", en palabras de Rosario Murillo. La orden fue clara y el jefe de policía de la ciudad, Ramón Avellán, aseguró que iban a cumplirla "al costo que sea".

Policías y grupos de armados encapuchados pertrechados con armas de guerra, avanzaron sobre Masaya el 17 de abril poco después de que Tiffer saliera huyendo con su hijo.

El ataque duró todo el día. Los jóvenes, muchas veces adolescentes, se defendían con morteros caseros y resorteras tras barricadas hechas con adoquines arrancados del suelo, mientras lanzaban desesperados llamamientos de auxilio a través de las redes sociales.

"Era la guerra", resume una vecina de Monimbó que pide el anonimato. "O peor, porque durante la guerra (en los años 80) había dos grupos armados y luchaban en el monte. Ahora volaban balas a diestra y siniestra, sin importar si había niños ni nada", añade la mujer.

En las afueras de casa los adoquines ya no bloquean el paso sino que están amontonados en las esquinas. Las marcas de las balas se aprecian en algunas paredes, la mayoría de casas muy pobres. La única barricada que sigue en pie es la que resguarda la estación de policía de Masaya donde los agentes eluden dar explicaciones a los extraños.

Ese día murió Donald Ariel López Ruiz, un zapatero de 26 años. Familiares suyos aseguran que testigos de los hechos les contaron que lo mató una mujer policía de Masaya, a quien identifican con nombre y apellido pese a llevar la cara cubierta y que lo último que dijo »



ATAÚD DE GERALD. Muerto en enfrentamiento con policías. (Foto Inti Ocon, AFP).

«el joven fue 'si me vas a matar pégale ya'. En su casa, junto a un discreto altar, ondea una bandera nicaragüense. "Ahora no podemos ni hablar", dice uno de sus familiares. "Hasta nos meten a perros policía buscando a los chavalos".

Un vecino suyo acabó de forma parecida. Le vieron subir a una patrulla, contó su abuela de 85 años, aterrada ante la presencia de un periodista en su casa. Cuando lo localizaron, después de recorrer durante varios días las comisarías de todas las ciudades cercanas, estaba en la morgue de Managua. De momento, no han recibido más explicaciones sobre su muerte.

Según el Centro Nicaragüense de Derechos Humanos, no hubo más muertos en Monimbó gracias a que unos 500 jóvenes huyeron.

La historia se repitió en varias ciudades del país.

Daniel Ortega, que en las últimas semanas se ha dedicado a hacer lo que nunca hizo —dar entrevistas a cadenas de televisión internacionales—, ha negado toda responsabilidad en los hechos pero

sus declaraciones están llenas de contradicciones y lo mismo afirma que los paramilitares son fuerzas de oposición, que individuos pagados por Estados Unidos o policías voluntarios.

"No puede ocultar su propia responsabilidad en esta matanza, él mismo se ha incriminado al fabricar toda esta cadena de mentiras", afirmó el periodista Carlos Fernando Chamorro.

"Su legitimidad se ha reducido por las matanzas, por las mentiras, por los ataques a la iglesia, los despedidos contra los médicos".

Lo que más duele a la gente de la calle es que dijera que las ONG manipulaban el número de muertos y que solo hay 195 fallecidos. También que aseguren que la normalidad ha vuelto al país.

"El presidente miente", señaló el familiar de López Ruiz. "Que vengan a Monimbó y vean".

Esta semana, la gente volvió a transitar por las calles principales de este barrio de Masaya y la presencia de los paramilitares, al menos de día, era muy



NICARAGÜENSES. Exigen la salida de Daniel Ortega. (Foto Rodrigo Sura, EFE).

escasa aunque policías sí patrullan con armas largas, algo inusual en Nicaragua. Pero la vida de antes no ha regresado porque ahora se impone el miedo. Todos saben que desde el 16 de julio está en vigor una ley contra el terrorismo que, según el Alto Comisionado

de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, puede usarse para criminalizar toda protesta.

"Estamos secuestrados", asegura una líder comunitaria de Monimbó. "Ha comenzado una cacería".

«ORTEGA NO TIENE SALIDA, NO HAY MARCHA ATRÁS»

"Este es un régimen terminado, estamos en el proceso de su certificado de defunción", afirma Dora María Tellez, ex guerrillera sandinista.

» Dora María Tellez fue la única mujer en el comando que asaltó el Palacio Nacional en agosto de 1978, una operación con la que el Frente Sandinista de Liberación Nacional logró la liberación de decenas de sus presos y que es considerada el principio del fin de la dictadura de Anastasio Somoza. Desde hace años, es una gran crítica del presidente Daniel Ortega y su esposa, Rosario Murillo, e integrante del Movimiento Renovador Sandinista. El oficialismo la acaba de tachar de terrorista junto a alguno de los estudiantes detenidos durante las protestas que se generalizaron cuando los nicaragüenses se dieron cuenta de que el gobierno estaba dispuesto a reprimir manifestaciones pacíficas a sangre y fuego.

—¿Le preocupa que la consideren terrorista?



DORA MARÍA TELLEZ.

—Ya lo hicieron en los 70 por haber participado en el asalto al Palacio Nacional. Fui condenada en tribunales militares en ausencia y me retiraron la visa de Estados Unidos. Ahora con más de sesenta años tengo poco que perder aunque uno siempre se preocupa.

—Nicaragua vive su peor crisis en décadas. ¿Fracasó la revolución por la que usted luchó?

—No. La Revolución no es una entidad, terminó en 1990, aquí estamos hablando de las responsabilidades de un grupo de personas que quedaron al frente del Frente Sandinista (la pareja Daniel Ortega y Rosario Murillo). La revolución tuvo un déficit fundamental porque no hizo una reforma al sistema político. Sí hubo reforma social, económica, militar y de seguridad, pero se calcó del modelo político existente que fue reforma-

do en 1995 pero revertida en 1998 por Daniel Ortega y Arnoldo Alemán (expresidente que estuvo en la cárcel por corrupción) en lo que se llamó 'el pacto'. La revolución no tiene la culpa de lo que ha hecho la familia Ortega—Murillo, que llevaron Nicaragua a un régimen autoritario que ha desembocado en esta dictadura sangrienta.

—Después de tres meses y medio de protestas, denuncias de mayor represión, el diálogo estancado. ¿Cómo destrabar la crisis?

—Estamos en un momento de definiciones. Lo más urgente es parar la represión. Ortega ha tratado esta rebelión cívica como si fuera una guerra en donde conquista posiciones militares y eso ha provocado una gran masacre y miles de heridos, cientos de presos, pero eso no ha resuelto ningún problema. No ha sido capaz de someter a todo el pueblo. Y la Organización de Estados Americanos acaba de aprobar una comisión especial para tratar de coadyuvar en la búsqueda de una solución.

—Pero para que funcione parece claro que debería reactivarse el diálogo y aunque Ortega dice estar a fa-

vor, a la vez arremete contra los mediadores, la Iglesia Católica.

—Tiene que acudir el diálogo y establecer la fecha de un proceso electoral y los términos de una salida del poder. Sabe que tiene que volver (a las negociaciones) pero quiere hacerlo en una mejor correlación de fuerzas y golpea a la Conferencia Episcopal para que se retire por sí misma, pero no se ha retirado. Su objetivo es cambiar de interlocutor y poner al Partido Liberal Constitucionalista (el del expresidente Alemán) que ha sido su socio durante casi 20 años y con quienes se ha repartido prebendas y privilegios. Él cree que gana tiempo pero cada día que pasa está más asfixiado nacional e internacionalmente. Este es un régimen terminado, estamos en el proceso de su certificado de defunción.

—¿Qué puede forzar al presidente al diálogo? Algunos estudiantes hablan de más presión del sector privado.

—La movilización cívica debe intensificarse. Los empresarios han dicho claramente que el modelo que existía con el gobierno (Ortega pactó con la iniciativa privada durante años) se acabó y, además, están

participando en la Alianza Cívica. El paro es una de las opciones, la desobediencia tributaria, la civil, pero lo más importante es que el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Centroamericano de Integración Económica, de los cuales Nicaragua depende, detengan los desembolsos mientras el país vuelve a una situación democrática. ¿Qué garantía tienen de que con ese dinero no se está financiando a paramilitares?

—Los grupos armados irregulares son el gran problema y esta semana un grupo de mujeres firmaron una carta pidiendo al jefe de las fuerzas armadas que desarme a los paramilitares...

—Pedí que incluyeran también mi nombre. Lo que decimos es que el ejército cumpla el papel que la constitución establece, que cumpla con su trabajo. No puede decir solamente no intervengo. Ahí hay un ejército armado irregular que debe ser desarmado.

—Hay gente que teme más represión.

—Es posible que venga más represión pero ¿dónde van a meter más presos? Hay un momento en el que la represión topa, tendría que salir a matar otra vez y eso también topa. Y tampoco tiene tantos recursos. »



ESTUDIANTES. Reprimidos durante protesta. (Foto Oswaldo Rivas, REUTERS)

« —Usted dice que deben celebrarse elecciones anticipadas. ¿Está la oposición preparada? Muchos dicen que está dispersa y sin líderes.

—No hay dispersión. Solo hay dos grandes agrupaciones: los partidos satélites de Ortega que son simbólicos y el Frente Amplio por la Democracia en donde participa el MRS. No hay nada más. Tengo toda la seguridad de que una vez abiertos los cauces para un proceso electoral transparente libre y competitivo, la inmensa mayoría de la oposición se va a articular en una sola fuerza. Esa unidad va a estar ampliamente fortalecida por estas jornadas de lucha cívica. Hay mo-

vimientos sociales, como los jóvenes, que tienen que estar ahí. La Alianza Cívica (donde se han dado cita todos los sectores opuestos a Ortega, de los campesinos, a los estudiantes o los empresarios) ha probado que puede mantener una cohesión a pesar de las dificultades.

—¿Hasta cuándo la sociedad aguantará activa?

Yo esta película ya la vi. En 1978 después de la insurrección espontánea de septiembre, se suscitó en Nicaragua una represión feroz, como la de ahora. Y en julio de 1979 Somoza estaba liquidado, no pudo levantar cabeza porque el pueblo nicaragüense

cuando toma una decisión no se va a cansar. Y están vivas las personas que vivieron eso, está en la memoria colectiva. Ortega no tiene salida, no hay vuelta atrás.

—¿Se puede repetir la historia y que haya una nueva guerra?

—La historia no se va a repetir porque en el 78 había lucha armada y ahora hay rebelión cívica. Esta es la primera vez que la demanda de justicia se convierte en demanda unánime, así que el pueblo va a superar los enormes riesgos de entrar en una lucha civil para mantenerse en esa lucha cívica. »

«NO SOMOS DELINCUENTES»

El grito se repite en cada plantón, en cada marcha. Casi todos los días hay alguna, por los médicos, los estudiantes, las madres... Mientras, cientos de personas, la mayoría jóvenes, están detenidos y con los cargos más graves

Managua

» Kevin Rodrigo Espinoza Gutiérrez estudiaba para ingeniero agrónomo y era amante de la música. Ahora está en una cárcel de máxima seguridad en Managua acusado de terrorismo, crimen organizado y posesión de armas. Lo vinculan, además, con la quema de una emisora oficialista, *Radio Ya*, durante las protestas.

“Cuando lo detuvieron dijeron que la camioneta llevaba un arsenal pero ¡eran víveres! Y cuando lo de la radio, él andaba en la Catedral, que está cerca, por eso lo involucran”, explica su madre, Brenda Gutiérrez.

Espinoza era uno de los líderes del ‘Movimiento Es-

tudiantil 19 de abril’. Cuando empezó todo se iba de la casa a escondidas para no preocupar a nadie. Se movía entre las barricadas de la capital y las ciudades cercanas repartiendo comida y se encargaba también de las redes

sociales. Uno de sus compañeros murió en sus brazos. “Fue la primera vez que vi a mi hijo llorar”.

“Yo le dije cuidado, te estás metiendo con el diablo, pero él siguió. Y me dijo, ‘vale la pena todo si vamos a ser libres’”.



MANIFESTANTES. Lanzas piedras contra la policía antidisturbios. (Foto Oswaldo Rivas, REUTERS).

Los grupos del gobierno, cuenta Doña Brenda, ya le habían amenazado y habían intentado involucrarle en varios delitos, “subían videos y fotografías que teóricamente lo inculpaban aunque no se veía nada”. Por eso la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) había dictado en mayo medidas cautelares para él y otros 12 compañeros al considerar que “sus derechos a la vida e integridad personal están en riesgo”.

El 11 de julio paramilitares lo detuvieron con otros dos jóvenes en Nindirí, 20 kilómetros al sur de Managua, en la carretera de Masaya. “Los desnudan, les tiran al piso, les

disparan, no a ellos, al lado, para asustarlos, y luego los entregaron a la policía”. Alguien vio todo y avisó por las redes sociales.

Ese día comenzaron las peregrinaciones diarias de



EDWIN CARCACHE. Cacería humana.

Doña Brenda a las instalaciones del Chipote, el antiguo centro de tortura de Anastasio Somoza y que ahora el presidente Daniel Ortega utiliza para sus presos y funciona como una especie de arraigo. Ahí han sido llevados centenares de detenidos arbitrariamente durante estas protestas (el Centro Nicaragüense de Derechos Humanos contabiliza más de 600). Muchos fueron liberados poco después gracias a la mediación de los organismos de derechos humanos y la Iglesia Católica.

"Un par de veces nos han liberado presos pero llevamos dos o tres semanas que el gobierno no nos responde", asegura el obispo Carlos Avilés, de la Comisión de Seguridad creada en la mesa de un diálogo que se bloqueó casi desde el principio. Su grupo, sin embargo, sigue trabajando en espera de que la interlocución vuelva. Recopila denuncias, depura listas e intenta dar respuesta a las familias.

Una de las liberaciones, de casi un centenar, ocurrió sin previo aviso. Los reos, todos con la cabeza rapada, fueron dejados en mitad de la carretera sin anuncios ni explicaciones pero sí con una advertencia: que cerraran su boca.

En la carretera que acaba en las rejas de El Chipote, decenas de madres pasaban horas esperando información o que los policías de la entrada les recibieran la comida que llevaban a sus hijos. Pero las cosas pronto se pusieron feas.

"Los paramilitares llegaron a amenazarnos, todo armados, que nos iban a matar por haber tenido asesinos de paramilitares y policías", recuerda Doña Brenda. La

situación se hizo insostenible para muchos. Ahora las visitas son más rápidas y cautelosas siempre bajo la mirada de civiles armados que acechan.

Muchos de los amigos de Espinoza están encerrados. Los que no en cárceles, en casas de seguridad.

Algunas veces les dejan salir a los plantones, pero no siempre. Depende de las condiciones de quien los esconde.

Edwin Carcache, de 27 años, que estuvo atrincherado en la Universidad Politécnica casi un mes. Las lágrimas le escurren por la cara cuando habla de su madre o cuando recuerda el ataque a la Marcha de las Madres el 30 de mayo, que acabó con balas y muertos, 11 según el Cénidh.

Al cierre de esta edición, Carcache se acababa de enterar de que su orden de captura ya estaba lista. Intenta mantener el espíritu alto. "Estamos esperando esta segunda etapa del diálogo donde exigiremos la desarticulación de los grupos paramilitares. Se trata de luchar por la justicia, que este gobierno se vaya cuanto antes y nos vamos a seguir manifestando, pacíficamente, a cualquier costo".

Esta semana, los actos de protesta aparecían por doquier aunque solo fueran un puñado de personas. Los estudiantes se plantaron frente a las instalaciones de la Universidad Centroamericana reclamando los fondos que el gobierno había retenido a la institución. Los periodistas independientes se concentraron para exigir seguridad al informar, después de que mataran a un reportero Angel Gaona, en Bluefield, al inicio de las protestas y la CIDH denunciara agresiones a otros

dos, uno de ellos, Roberto Collado, detenido y torturado "por haber difundido mentiras", según le dijeron sus agresores.

Los médicos alzaron la voz en otra marcha para detener los despidos injustificados por atender a los manifestantes. Y las madres de detenidos llegaron a la Corte Suprema de Justicia con exigencias de libertad y fotografías de sus hijos. "No es normal que los criminales estén en la calle y los defensores de derechos humanos sean apresados", se leía en uno de sus carteles.

Mientras, en una casa cualquiera de una ciudad cualquiera, Alex Hernández, su nombre desde que comenzó la crisis, traza nuevos planes de articulación a partir de ahora y analiza cómo profundizar la resistencia cívica.

"No sé si esta situación pueda sostenerse por mucho tiempo, tendremos que salir". Él es de un pueblo al sur de Masaya, Catarina, una zona turística que se convirtió en campo de batalla. Al hablar, por videoconferencia, no para de moverse, una especie de síndrome del prisionero que, según el escritor y ex vicepresidente sandinista, Sergio Ramírez, también tenía Daniel Ortega heredado de sus años de cárcel.

"Las sanciones de la OEA o de la ONU no nos quitan las balas de encima, no quitan el luto, el miedo y la tristeza, tanto show en asambleas..." La tristeza se palpa en cada palabra.

Hernández, como buen estudiante de Administración de Empresas, apuesta por un paro nacional, por la desobediencia tributaria, por atacar a la economía y por buscar un liderazgo. Cree que la acefalía les hizo bien al principio pero ahora son necesarios líderes que combinen la juventud de los estudiantes con la experiencia.

"No cabe la normalidad absurda sobre un charco de sangre, los principales actores están presos, los obispos atacados, los chicos escondidos. El 80 por ciento de mi pueblo está en contra del gobierno pero los dirigentes no estamos". Y mientras habla sigue moviéndose de un lado a otro de la oscura habitación. ❧



KEVIN RODRIGO ESPINOZA. Líder detenido.